

Sevilla, España, abril de 2019.

En primer lugar quiero agradecer a Esteban Tapella la posibilidad de poder compartir mi opinión sobre esta publicación, la cual me “atrapó” desde el inicio. Casualmente, el día que se presentó en Sevilla este libro en la sede de la Universidad Loyola, también se celebraba, a la misma hora, pero en otra Universidad de la ciudad, otro evento sobre evaluación. Sin embargo, no dudé. Tenía claro que quería conocer las historias de evaluaciones que marcan la diferencia, las evaluaciones que dejan huella, porque es una cuestión sobre la que he reflexionado en muchas ocasiones con mi colega y socia Susana Vélez, llegando a plantearnos las siguientes preguntas: “¿tendrá alguna incidencia la evaluación en el proyecto/programa o en futuras intervenciones?, ¿se aplicaran las recomendaciones?, ¿se mejorarán los sistemas de indicadores previstos?, ¿La línea de base de futuros proyectos contará con indicadores expresados en valores absolutos?, ¿cómo podríamos potenciar el uso de la evaluación para la mejora y aprendizaje en las instituciones promotoras?”.

La asistencia a la presentación superó mis expectativas. Esteban comunicó con maestría y con afecto el recorrido realizado en la investigación, la metodología seguida y las dificultades que se encontraron para detectar las mejoras prácticas evaluativas, la lectura de muchísimos informes de evaluación, las entrevistas con los actores, la reescritura de los casos, la convocatoria de las ilustraciones de libro, etc. Sin duda, fue un trabajo ingente, pero, en mi opinión, ha merecido la pena porque el resultado es un libro atractivo, sugerente, que posibilita el aprendizaje de todos los actores vinculados a las intervenciones: “hacedores de políticas procedentes de los poderes ejecutivos y legislativos”, entes financiadores, organizaciones promotoras, organizaciones

sociales, usuarios de esos programas o proyectos, y por supuesto de las personas que realizan evaluaciones.

El libro pone el acento en lo que realmente importa: las evaluaciones deben servir para mejorar la vida de las personas, las cuales tienen conocimientos, ideas y experiencias que dan valor a las conclusiones a las que se llega. Los casos presentados muestran que es fundamental arbitrar desde el inicio medidas para involucrar a los actores sociales en los procesos evaluativos. Si no hay una activa participación de los mismos, difícilmente las lecciones aprendidas van a incidir en la intervención, ya esté en curso o en un futuro.

También, nos recuerda el papel decisivo que tiene la comunicación, tanto de la iniciativa evaluadora, como de los resultados alcanzados. Comunicar es conseguir que los demás nos entiendan, no tener la capacidad para decir lo que pensamos. Por ello, es necesario detenerse en trasladar a los actores que la evaluación no es un ejercicio fiscalizador, sino un mecanismo de rendición de cuentas y transparencia y, sobre todo, un elemento de aprendizaje y mejora. Así mismo, una vez finalizada la evaluación y, en este sentido, tomo nota, hay que dedicar un buen número de horas a adecuar el formato de la presentación de los resultados a los diferentes actores vinculados a la intervención, los cuales son diversos, y, por tanto requieren productos, contenidos, canales y lenguajes diferenciados. Ahora bien, esta atención específica a estos colectivos no debe significar filtrar la información ni privar de una presentación global de la evaluación. El informe y el resumen ejecutivo son imprescindibles, pero deben ser complementados con otros productos más innovadores, y adaptar las formas de comunicación a los cambios sociales y tecnológicos que se han producido. De esta forma lograremos una mayor socialización de los productos de la evaluación, que incidirá en la mejora de la intervención.

Felicito al equipo de trabajo por esta iniciativa y animo a las personas vinculadas al ámbito del desarrollo (en cualquiera de sus facetas, planificación, ejecución o evaluación) a su lectura. Los casos ilustran que, algunos de los elementos claves del enfoque del desarrollo territorial, como la movilización y participación de actores o la coordinación institucional, son motores del cambio y de la mejora de la calidad de vida de la gente.

Desde el inicio, me sentí identificada con esta publicación porque traslada la dimensión ética del trabajo de la evaluación y su rigurosidad con el compromiso de contribuir a la transformación de la realidad para llegar a una sociedad más justa.

¡Felicidades por este excelente trabajo!

Eva Jiménez Taracido



Eva Jiménez Taracido es socióloga, socia fundadora de [GeoDEL](#), empresa de consultoría especializada en sistemas de información, planificación participativa del desarrollo local sostenible y evaluación de políticas públicas. Ha realizado trabajos de planificación estratégica, seguimiento y evaluación de políticas públicas para universidades, la Unión Europea, gobiernos regionales (Andalucía, Navarra, Euskadi), distintas Administraciones Locales y entidades público-privadas. Ha colaborado con el Programa ConectaDEL del BID-FOMIN en la elaboración de productos de conocimiento relacionados con los Sistemas de Información Territorial como herramientas estratégicas en los procesos de diseño y gestión del desarrollo territorial. Evaluadora de proyectos de cooperación financiados por la Agencia Andaluza de Cooperación Internacional al Desarrollo (AACID), entre los que destaca la evaluación estratégica de la cooperación andaluza con Perú. Trabajó durante 15 años en el Instituto de Desarrollo Regional, Fundación Universitaria (7 años como investigadora en el grupo de Evaluación de Políticas Públicas y 8 como coordinadora del grupo de investigación de Desarrollo Sostenible).